

# Apocalipsis luego

Marcelo Somarriva Q.



En 2023 Darío Amodei, director ejecutivo de Anthropic, advirtió que la Inteligencia Artificial podría eliminar la mitad de las vacantes a los empleos de oficina en cinco años. Hace poco, él mismo predijo que en cuestión de meses la ingeniería de software iba a terminar como profesión. Un par de semanas atrás Elon Musk dijo en The Economist que la principal amenaza al empleo humano no era la IA, sino que los robots.

Nos vamos acostumbrando a estas predicciones fatídicas, y con ese ánimo he estado hostilizando a mis conocidos preguntándoles a qué piensan dedicarse cuando alguna máquina les quite su trabajo. Las respuestas que recibo son muy similares. Algunos me han dicho que podrían dedicarse a la carpintería hípster, con barbas largas y overol, al cultivo de hongos medicinales.

Otros quieren explorar la masa madre o la cerámica artística, con moño y jardinera. El problema de estas respuestas, algo psico-mágicas pero loables como esfuerzos de conversión ocupacional, es que suponen que habrá un público inte-

resado en comprar sus producciones artesanales.

Detrás de estas indagaciones está la lectura de un excelente artículo de Steve Loftus en la revista británica The Critic, que me ha parecido uno de los diagnósticos más inteligentes sobre la pesadilla que se nos viene. Loftus advierte que, a

“Todos nuestros lenguajes políticos se construyeron pensando en un mundo en el cual el trabajo humano ocupaba un lugar central”.

Esto, según advierte, pone al capitalismo frente a un dilema existencial: la IA promete entregarle a este sistema todo lo que siempre ha perseguido—maximizar la eficiencia, bajar los costos y elevar la productividad— pero sacando de su esquema de funcionamiento un pilar fundamental: los sueldos humanos.

Si desaparecen los ingresos que sostienen la demanda, esta se hunde y nadie tendrá como costear ese dorado y crujiente pan de masa madre o esa mesa hecha a mano por un exabogado reconver-

tido en artesano.

Este pronóstico podría por fin resolver esa famosa máxima, tantas veces repetida, según la cual sería más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Así, como si se tratara de una profecía ancestral, el capitalismo sería como un demiurgo o un titán que

solo podrá sucumbir por su propia mano.

Loftus no solo se pregunta si es posible que el capitalismo termine destruyéndose a sí mismo, sino también cuál será la respuesta que la política ofrezca ante el apocalipsis laboral que se avecina. El problema, observa, es

que todos nuestros lenguajes políticos se construyeron pensando en un mundo en el cual el trabajo humano ocupaba un lugar central.

El capitalismo asume escasez, sueldos y consumo masivo. El socialismo, por otro lado, asume producción humana y conflicto político sobre la forma cómo dividir estos productos. La inteligencia artificial, afirma Loftus, desestabiliza estos supuestos de un solo golpe y nos deja colgando.

Marcelo Gallardo  
Socio Vial Gallardo  
Abogados



## Protección de datos: el punto ciego de las pymes

La Ley 21.719 de Protección de Datos Personales entra en plena vigencia en diciembre de 2026, y la conversación pública sobre cómo cumplirla se ha instalado casi exclusivamente en la lógica de la empresa grande: comité ejecutivo, directorio, área de compliance. Se habla de “cambio de cultura organizacional” como si ello significara lo mismo en una multinacional que en un taller donde trabajan cinco personas. No es así, y ese punto ciego deja fuera a la mayoría del tejido productivo chileno. Según cifras del INE y el Banco Central, cerca del 98% de las empresas del país son micro, pequeñas o medianas, y emplean a cerca de la mitad de los trabajadores formales de Chile. En esas empresas — muchas veces de dos, cinco o diez personas — no hay comité ejecutivo al que elevar el tema: el dueño o la dueña es, el mismo día, el área legal, de recursos humanos y de tecnología. Pedirles que transformen su cultura organizacional sin traducir qué significa eso en su realidad es pedirles algo irrealizable.

Circula además una idea que conviene precisar, porque genera una falsa sensación de holgura: que existe un año completo sin multas para las pymes. El artículo sexto transitorio contempla que la Agencia pueda optar por una amonestación escrita en vez de una multa durante los primeros doce meses para empresas de menor tamaño, pero esa amonestación queda registrada y puede pesar en fiscalizaciones futuras. No es un año libre de consecuencias. ¿Qué significa una cultura de datos para una empresa de cinco trabajadores? En nuestra experiencia asesorando emprendedores, se reduce a tres hábitos: saber qué datos se guardan y con qué finalidad; tener un protocolo breve ante una eventual filtración; y revisar si algo cambió — un nuevo proveedor, una herramienta con inteligencia artificial — que afecte esos datos. La ley mostrará quiénes trataron los datos con responsabilidad y quiénes con conveniencia. Pero para que esa pregunta alcance también al 98% del tejido empresarial que no tiene directorio, la discusión pública —y la propia Agencia, vía las instrucciones diferenciadas por tamaño del artículo 14 septies— debe bajar un peldaño: de la sala de directorio al mesón del emprendedor.

# 75 años fortificando la harina de trigo

Desde el 19 de junio de este año es obligatorio fortificar la leche y la harina de trigo con vitamina D en Chile. ¿Por qué? Hace unos diez años las autoridades de salud llegaron a la conclusión de que existía una deficiencia severa de esta vitamina en un porcentaje no despreciable de la población. Ello constituye un problema de salud pública: la vitamina D es esencial para absorber calcio y fósforo, y para robustecer el sistema inmune y mejorar el funcionamiento de músculos y nervios.

Dado el altísimo consumo de pan en Chile, y de otros productos elaborados con harina, fortificar este ingrediente asegura “llegar” de manera casi universal a toda la población. No existe otro vector tan potente para tales efectos. Con esta medida nuestro país se convierte en pionero en América Latina. Pero no es primera vez. La fortificación de harina con vitamina D es posible gracias a 75 años de experiencia previa en programas similares.

Descansando en avances de la industria química mundial durante los años 1920 y 1930, desde 1951 en Chile fue obligatorio fortificar la harina con vitamina B,

hierro y calcio (este último mineral solo hasta 1982). Por aquel entonces se buscaba combatir la desnutrición, o la denominada “hambre escondida”, una batalla hoy en día ganada.

Gracias a la colaboración público-privada, los molinos chilenos adhirieron a esta medida, y Chile devino en pionero en programas de fortificación de alimentos a nivel mundial (fue primero en América Latina en fortificar la harina con micronutrientes). La fiscalización del Estado chileno también ha sido fundamental, así como la influencia de organismos como el Banco Mundial, la FAO y Unicef.

Desde el año 2000 se agregó el ácido fólico a la harina para disminuir defectos del tubo neural del recién nacido. Esta medida descansó en la experiencia previa de los molineros nacionales, pues agregar un componente más no revestía mayores costos. Finalmente, en

2022 se decretó la obligatoriedad de fortificar la harina con vitamina D, pero por diversas razones su implementación demoró otros cuatro años.

En cualquier caso, queda claro que la ejecución de esta última medida se sostiene en 75 años de experiencia previa, y en el hecho de que Chile haya sido

pionero a nivel regional en agregar vitamina B, hierro y ácido fólico, con grandes resultados: la anemia infantil fue erradicada (y con ella la desnutrición). Asimismo, la prevalencia de anencefalia y espina bífida también ha caído de manera importante. No hay razones para

creer que el objetivo perseguido de adicionar la vitamina D no se cumpla.

“Chile ha sido pionero a nivel regional en agregar vitamina B, hierro y ácido fólico, con grandes resultados”.

Daniel Ahumada Benítez  
Pontificia Universidad Católica  
Manuel Llorca Jaña  
Universidad Adolfo Ibáñez